

La Campaña

¿Oda a la Alegría?

POR LORENZO MEYER

OTRA vez entramos en ese periodo en que el PRI sale de su habitual estado de hibernación para pasar a uno de hiperactividad, alimentando su enorme apetito con todos aquellos recursos que le proporcionan el gobierno federal, los gobiernos locales, los sindicatos y todas las demás organizaciones que componen los sectores de ese partido. El objetivo de tamaña movilización no es, como todos sabemos bien, buscar los votos de la ciudadanía —esos, de una manera u otra, los tiene asegurados de antemano—, sino el de lograr que dos ignorancias se cancelen: la del candidato presidencial del gran partido respecto del México donde habita la mayoría de sus conciudadanos y la que casi todo México tiene respecto de ese candidato.

★

SEGUN se reportó en este diario hace una semana, Carlos Salinas de Gortari, el precandidato único del PRI a la Presidencia de la República (y a propósito: ¿qué sentido tiene una precandidatura cuando es única?) prometió —¿o fue amenaza?— a sus compañeros de partido que se proponía llevar a cabo “una campaña alegre y ruidosa”.

Se supone que la alegría y el bullicio son propios de la juventud, y si de algo no hay duda, es justamente de la juventud del precandidato del gran partido. Por tanto, de ser otras las circunstancias, la propuesta de tal campaña sería de lo más natural y hasta bienvenida si con ello se dejara a un lado los acartonamientos y solemnidades que invariablemente han acompañado en México el discurso del gran partido.

Quizá fuera agradable escuchar, al principio y final de cada mitin priista a Beethoven y su “Oda a la Alegría” o, si se quiere algo más tropical, entonces adoptar un estilo brasileño de campaña, en el cual es difícil para el no iniciado distinguir entre el carnaval y un mitin político. Sin embargo, creo que si, como se señaló desde hace siglos, “hay un tiempo para reír y uno para llorar”, el que

hoy corre es más propio para lo segundo que para lo primero, y por lo mismo convendría posponer la alegría para cuando los signos de los tiempos cambien.

El mexicano promedio, ese que no es parte de la élite política que va a tomar las riendas del poder en diciembre de 1988, que no participa de la euforia de las casas de bolsa (motivada por el hecho de que entre junio de 1986 y julio de 1987, el índice de la bolsa tuvo un incremento del 1,115%), que no se vio favorecido por la generosidad de la banca nacionalizada en el reparto de sus Caps, y que en cambio ve recompensado su trabajo con un salario que cada vez le permite adquirir menos (entre un 40% y un 50% menos de 1982 a la fecha), tiene muy poco de qué reírse cuando piensa en política. ¿Una “campaña alegre”? ¿Quién se va a reír, y de qué o de quién?

★

TODO un proyecto político de cuatro decenios se vino abajo estrepitosamente en 1982 y aún estamos, como país, viviendo entre sus escombros, sin que podamos decir cuándo y cómo vamos a superar definitivamente esta situación. Y esto no es ganarse de exagerar, de poner gratuitamente mala cara ante la alegría y el optimismo de Carlos Salinas y sus allegados. Las razones están a la vista de todos, he aquí algunas de ellas. El Plan Nacional de Desarrollo preveía que para 1985 la inflación se habría reducido a 15 o 20% al año. Desgraciadamente no fue ese el caso, sino lo contrario, y hoy todo apunta a que la inflación será de 140% y el año próximo podría llegar a 150%. En términos reales, el Producto Interno Bruto (PIB) de nuestro país entre 1983 y el final de este año no creció, sino que sufrió un descenso promedio de 0.4% anual. Es verdad que las exportaciones han aumentado y que la deuda externa se renegoció para ser pagada en mejores términos, pero también lo es que esta deuda ha continuado aumentando, y en la actualidad supera ya los cien mil millones de dólares, justo cuando las tasas de interés en el mercado financiero internacional están volviendo a aumentar. Y el caso de la deuda interna es tan o más desolador: el déficit gubernamen-

La Campaña.- ¿Oda a la Alegría?

Sigue de la página siete

tal es ahora igual al 17% del PIB, pero pese a ello la parte de ese dinero que se dedica a la inversión en infraestructura es mínima, pues una parte enorme de los recursos del gobierno se destinan no a mantener y aumentar esa infraestructura (carreteras, presas, centrales eléctricas, educación, etc.), sino simplemente a redimir las obligaciones que se emitieron en el pasado para financiar gastos para los que no alcanzaban los impuestos cobrados; así pues, en la actualidad el gobierno tiene déficit y se endeuda (Cetes, Pagafes, etc.) simplemente para pagar deudas viejas. En términos de dólares, esta deuda interna del Gobierno Federal es igual a

una tercera parte de la deuda pública externa, y ambas obligan a que el 60% del gasto total del gobierno esté dedicado pura y simplemente al pago de intereses. No, de plano no veo de dónde pueda salir, de manera natural, la alegría de la campaña de Carlos Salinas.

Otra manera de enfocar el mismo problema, que es el problema fundamental de México, es el de la distribución del ingreso, es decir, cómo este sistema de poder nuestro premia y castiga el esfuerzo de los miembros activos de nuestra sociedad. Si la encuesta de ingresos y gastos familiares de 1983 del INEGI es correcta, resulta que el 40% de los mexicanos más pobres apenas si recibían

el 10% del ingreso disponible. Como esos mexicanos son los que forman una parte sustantiva de los contingentes que el PRI lleva a los mítines de sus candidatos, incluido el presidencial, ¿de qué se van a reír y alegrar?

★

EN realidad, la única forma de tener una audiencia que realmente tuviera una razón objetiva para estar alegre de escuchar en pleno rayo del sol los discursos oficiales, es llevar a los mítines sólo a quienes se han beneficiado de las políticas de este sexenio y desean una continuación de las mismas —y que es lo que se supone que decidió a Miguel de la Madrid al nombrar a Car-

los Salinas como su sucesor—. Lo anterior requeriría llevar a las concentraciones del PRI exclusivamente a los mexicanos que hoy ocupan el 10% superior de la pirámide social, pues según esa misma encuesta, ellos recibieron alrededor de 43% del ingreso que llega a los hogares mexicanos, y eso no sería práctico.

En fin, no deseo aburrir al lector ampliando la lista de las razones que me llevan a sugerir al precandidato único del gran partido (o al menos a sus consejeros, pues él no ha de tener tiempo para leer las páginas editoriales) que los tiempos están no para una campaña alegre, sino para

una campaña seria, muy seria, excesivamente seria. Una donde se abandone de una vez por todas el tipo de discurso tradicional y en cambio se nos diga a todos los mexicanos cómo piensa enfrentar el nuevo equipo priista, en concreto y sin esconderse en frases hechas y generalidades sin sentido, temas como los aquí listados: inflación, deuda pública interna y externa, inversión pública, política fiscal, pérdida del poder adquisitivo del salario, distribución del ingreso y otros problemas similares. Será necesario abordar de frente, y en un lenguaje que todos puedan entender, una definición del tipo de país que el precandidato deseé moldear en los seis años en que él se propone hacerse cargo de la institución más poderosa —y peligrosa— de nuestro sistema político: la Presidencia.